

Don Juan Sánchez Ramírez y la Reconquista

Por M. DE J. TRONCOSO DE LA CONCHA,
Académico.

Ninguno de los movimientos que nuestra historia registra iguala en significación y trascendencia al operado entre los años de 1808 y 1809 y que, con mucha propiedad, se ha llamado de la Reconquista.

Porque si pudimos seguir perteneciendo a la familia hispana de América, si Santo Domingo ha conservado, al través de tantas duras pruebas a que fué sometido, su condición de hija de la vieja España, si no constituimos un pueblo híbrido, y si poseemos y hablamos bien la lengua de Castilla, a la Reconquista y a su iniciador y héroe, don Juan Sánchez Ramírez, se lo debemos.

Gran bien es el de la independencia de un pueblo; no menos grande, tal vez más, lo es sin embargo que tenga éste su filiación bien definida. Un patrimonio, así fuere muy rico y copioso, no satisfará nunca a quien lo disfrutare, si la procedencia, el origen del dueño, fueren oscuros, inciertos o dudosos.

Una crítica superficial, muy lejos de la que ha de ser la verdadera crítica histórica, ha pretendido que don Juan Sánchez Ramírez debió haber proclamado la independencia de Santo Domingo en 1809, en vez de reincorporarlo a España. Se olvida sin embargo, o no se advierte, en primer lugar, que solo orientándose por ese camino fué como pudo haber obtenido la ayuda que le vino de Puerto Rico, primero, y de Jamaica, después, sin las cuales la expulsión de los franceses no habría pasado de ser un sueño. Si don Toribio Montes, el capitán general de la primera de esas dos antillas, ayudó a nuestro héroe, fué porque la empresa de éste tenía por fin restablecer el dominio español en nuestra tierra, y si de Jamaica se trasladó a las aguas dominicanas la flotilla inglesa que estableció el bloqueo del puerto de Santo Domingo, y vinieron las tropas capitaneadas por sir Hugh Lyle Carmichael que reforzaron el sitio de la capital fué porque virtualmente existía en aquellos días entre España e Inglaterra una alianza que el comandante en jefe de la estación naval de las Indias Occidentales Británicas, sir Bartholomew Samuel Rowley creyó servir bien enviando aquellas fuerzas en ayuda de Sánchez Ramírez. De otro lado, y sin detenernos en la consideración de la felonía que hubiese implicado de parte de éste el volverse contra el que había sido su pensamiento motor y había inclinado a Montes y a Rowley a favorecer su propósito, los acontecimientos que se verificaron en 1821 y 1822, cuando el doctor Núñez de

Cáceres independizó al país del poder metropolitano, revelan bien que la invasión haitiana de 1822 se habría adelantado quizá cuantos años antes, pues nadie ignora como estuvieron siempre los haitianos en acecho de una oportunidad fácil para apoderarse de nuestro suelo.

La grandeza de alma de Sánchez Ramírez, su espíritu de sacrificio, la pureza de sus sentimientos, no han sido apreciados todavía como una justicia elemental lo requiere.

Santo Domingo era un pueblo de formación española; ninguno como él en América había luchado tanto frente a ingleses, franceses y holandeses para conservarla; amaba y practicaba la tradición española; había puesto empeño en mantener la pureza del habla castellana, librándola de la influencia indígena y la africana; mientras en otros países del Nuevo Mundo las diferencias de raza habían separado a los hombres, en Santo Domingo el esfuerzo común para repeler las agresiones de los rivales de España y mantener viva la llama de la unión a la metrópoli los había unido estrechamente, a tal grado que, como en parte alguna del continente, los esclavos eran tenidos y tratados como miembros de la familia a cuyo servicio se hallaban y para las gentes de color ninguna puerta se hallaba cerrada, porque desde el servicio de Dios en los altares, del rey en las milicias y del pueblo en la preservación de la seguridad y el orden público todas las vocaciones tenían oportunidad de satisfacerse. Su fuerte decisión de mantenerse vinculado a España se había manifestado ostensible y hasta bravamente cuando por la obra nefanda de Godoy, el réprobo "Príncipe de la Paz", que para nosotros fué la encarnación del Príncipe de las Tinieblas, pasó de la soberanía de España a la de Francia, a quien si más tarde ayudó a asentarse en su suelo fué solamente por librarse de Toussaint Louverture y sus hordas salvajes.

Si Santo Domingo podía valer algo, si le era dable tener individualidad como pueblo era solamente, pues, conservándose español, con su lengua, su tradición, sus aspiraciones de mejorar dentro de estas condiciones.

La misma crítica superficial que le acusa de no haber encaminado sus pasos por la vía de la independencia pretende ver en él a un ambicioso de mando y un déspota.

Nada más fuera de razón. Sánchez Ramírez se había impuesto una misión, la había emprendido desde su origen con fe, entusiasmo y decisión, venciendo en parte el miedo de unos, la in-



diferencia de otros, la conformidad de otros más con el régimen imperante; arrojando toda suerte de peligros; manteniendo atados los hilos de la conspiración, que solo él conocía cabalmente; imprimiendo vida con su espíritu al desaliento o poca fe de otros; comprometiendo al par de su vida su patrimonio. Insigne debilidad habría sido de su parte poner en duda su posición de caudillo, permitiendo que se la suplantara o la aflojara, o haciendo siquiera delegaciones que pudiesen romper la unidad de mando y de acción que tan necesaria era para el buen suceso de la empresa.

Si hubo en nuestra tierra un hombre lleno de espíritu de sacrificio, abnegado, valeroso, sencillo, desprendido, de sentimientos tiernos, fué Sánchez Ramírez. De él dice el historiador Del Monte y Tejada, su contemporáneo, al contraerse al movimiento de la Reconquista: "Fué el alma de este levantado y patriótico pensamiento y el que había de llevarlo a cabo con extraordinaria fortuna y eterna gloria para su nombre, don Juan Sánchez Ramírez, hacendado, natural de la villa del Cotuí, que desde Puerto Rico observaba el curso de los sucesos y hacía tiempo que revolvió en su mente la idea de libertar a su patria del yugo francés y restituir a la metrópoli su antigua colonia.— Don Juan Sánchez Ramírez, nacido en 1762, de una distinguida familia, había sido corregidor de su villa natal y ejercido otros cargos importantes desde muy joven. Rotas las hostilidades entre las dos colonias colindantes a consecuencia de la guerra entre España y Francia, Sánchez Ramírez acudió a la frontera capitaneando una compañía de lanceros, que mantuvo a su costa, y en los combates que libraron españoles y franceses, aliados los primeros con tropas negras de Jean Francois y Biassou, se señaló como guerrillero astuto, entendido y valiente. La cesión de la parte española de Santo Domingo a Francia exasperó a los patriotas, que estaban mirando la impotencia de esa nación para conservar el nuevo dominio y preveían la absorción haitiana. Retiróse a su hacienda, protestando contra los hechos consumados, y, cuando vió que su previsión no era fallida, y a Toussaint Louverture tomar posesión de la parte española en nombre de Francia, llegó al colmo su desesperación, la cual continuamente le sugería planes y maquinaciones encaminados a la reconquista del suelo patrio y la nacionalidad primitiva. Desalojados los haitianos y recuperada la colonia antes española por el gobierno francés en 1802, Sánchez continuó, durante la administración de Ferrand, conspirando sigilosamente, excitando a sus compatriotas para aprovechar el momento favorable, y poniéndose de acuerdo con otros dominicanos adictos a España y dispuestos a deshacer a todo trance el vergonzoso convenio de Basilea, entre los cuales merecen especial mención don Andrés Muñoz, ilustre hijo de Santiago de los Caballeros, don Ciriaco Ramírez, vecino de Azua, y un tal Sarmiento, del Seybo.

Trasladóse don Juan Sánchez a Puerto Rico, en donde residían muchos dominicanos, quienes acogieron con entusiasmo sus planes, y obtuvo de su gobernador, el brigadier don Toribio Montes, el ofrecimiento de auxilios y recursos para el momento oportuno. Fueron denunciados semejantes manejos al general Ferrand, quien, al retorno de Sánchez, le llamó a la capital, procurando disuadirlo o amedrentarlo; pero éste esquivó astutamente el peligro y fugó a Puerto Rico, activando allí sus trabajos de reconquista, al llegar a su noticia los sucesos de Bayona y de la alianza de Inglaterra y España contra Francia, y comisionó a Salvador Félix y a Cristóbal Hubert para que promoviesen el alzamiento en nombre de Fernando VII y proclamasen la soberanía española en Santo Domingo. Cuando Sánchez desembarcó en la costa del Jobero, ya habían empezado a moverse los conjurados, y así fué que, al entrar en el Seybo, logró a duras penas librarse de ser cogido por el destacamento que a las órdenes del coronel Manuel de Peralta envió allá Ferrand para hacerle prisionero".

Su alocución a los soldados de la Reconquista en Palo Hincado momentos antes de empezarse la batalla, alocución que debería hallarse esculpida en caracteres de oro en un monumento elevado a su memoria, pone de manifiesto el temple de su corazón, su decisión de perecer en la demanda junto con sus soldados antes que abandonar su empeño: "PENA DE LA VIDA AL QUE VOLVIERE LA CARA ATRAS; PENA DE LA VIDA AL TAMBOR QUE TOCARE RETIRADA; Y PENA DE LA VIDA AL OFICIAL QUE LO MANDARE, AUNQUE SEA YO MISMO".

Solo en la vieja Esparta podría encontrarse un ejemplo semejante.

Su conducta en presencia de la arrogante actitud del general francés Barquier al no querer tratar con él las condiciones de la capitulación de Santo Domingo muestra sobradamente como ponía por encima de su amor propio herido el logro final de su patriótica empresa. Este general Barquier, para quien robarse parte del tesoro de la Catedral y mandarlo vender a la Luisiana no era motivo de vergüenza, parecía experimentarla al aceptar como contrincante a Sánchez Ramírez, el hombre de campo convertido en caudillo, a quien de esa suerte parecía menospreciar. Como si obrando así pudiese borrar la derrota de Palo Hincado, en la cual las armas francesas quedaron abatidas y triunfó la santa causa que conducía y defendía el héroe dominicano.

Cuando éste fué enterado de que Barquier se declaraba presto a hacer entrega de la plaza, pero concertándola con el general Carmichael, comandante de las fuerzas inglesas, no vaciló en dar su conformidad a esa arrogante insinuación. Sabía que la situación de las tropas francesas era desesperada; que una negativa suya a plejarse al capricho de Barquier no podía tener o-



tro resultado que la prolongación del asedio y bloqueo de la plaza de Santo Domingo; que los ingleses, empeñados como estaban en oponerse por todos los medios a los designios de Napoleón Bonaparte, no le abandonarían. Ninguna consideración influyó, sin embargo, en su ánimo para desviarle del propósito que había estado persiguiendo desde el instante en que se puso a la cabeza de su pueblo para reconquistar el puesto que la nefasta política de Góty le había hecho perder como miembro de la gran familia hispana y que constituía el único medio de conservar una característica propia, por la lengua, la tradición y la aspiración común, elementos sustanciales de la formación de una nación, a los cuales debe su raíz la nación dominicana. Sacrificó, pues, su justo amor propio; pero vió conseguido su objetivo, máximamente cuando el acta de capitulación no se pudo tener como término final de la contienda sino después que él la ratificó como jefe de las fuerzas sitiadoras.

La mejor alabanza del héroe la hizo, sin quererlo, el jefe de escuadrón Gilbert Guillermin, su enemigo, en su "Diario Histórico de la Revolución del Este de Santo Domingo". Este oficial francés, agregado al estado mayor del ejército que mandó Ferrand, primero, y Barquier, después, escribió, refiriéndose al carácter de don Juan Sánchez Ramírez:

"Este jefe de partido es de un carácter moderado y tiene aspectos sencillos y modestos; pero esta sencillez y esta modestia aparentes ocultan un orgullo desmesurado y la delicadeza de un hombre de una condición más elevada que la suya; su acceso fácil, su voz meliflua y persuasiva, previenen en su favor; es menos supersticioso que lo son ordinariamente los españoles; se sirve de los sacerdotes para hacerlos colaborar en la ejecución de sus designios, sin aceptar ciegamente sus consejos ni darles demasiada influencia. Como es extremadamente discreto, y reservado, pocas personas gozan de su absoluta confianza y no deja traslucirse sino aquello que tiene interés en hacer conocer. Finge principios humanitarios, de moderación y de desinterés, únicamente para legitimar el móvil de sus empresas y acreditar una opinión favorable sobre su moralidad; sabe disimular y moderar si es menester las pasiones de los otros. Sánchez jamás dió prueba de valentía, pero tiene una firmeza de carácter que suple el valor y le sirve para exaltar el de sus soldados. Sánchez debe más a la naturaleza que a la educación; y por eso tiene más talento que conocimientos, más medios de conducta que talentos adquiridos; es ambicioso y aparenta desdenar las grandezas, pero es capaz de todo para obtenerlas. Intrigante y audaz, osó sentarse a la mesa del general Ferrand en la misma época en que acababa de consumir su crimen y de esparcir los fermentos

de la rebelión en toda la parte del Este; astuto y hábil, supo servirse del gobernador don Toribio Montes para el éxito de sus propósitos y se burló escandalosamente de la promesa que le había hecho de reconocerlo como jefe inmediato de esta colonia. En fin, Sánchez tiene de 43 a 45 años de edad; es de talla mediana, de fisonomía ordinaria, activo y sobrio; discurre con facilidad, tiene claridad de entendimiento, asiduidad en el trabajo y duerme muy poco". (Traducción del Licenciado C. Armando Rodríguez por encargo de la Academia Dominicana de la Historia. Un volumen. 1938).

Reconocerle a un adversario sencillez y modestia, siquiera sea diciendo que éstas sirven para ocultar el vicio del orgullo, que es vicio menor cuando le ha dado vida el sentimiento de la personal dignidad; reconocerle una delicadeza que es empeño de propia superación; apreciar entre sus condiciones la de no guiarse por una fuerza contraria a la razón; tacharle de simulador de virtudes cuando hayan de servir para reforzar su autoridad moral en la conducción de una causa que considera noble; negarle valentía, que es condición de animalidad, para admitir que la suple con el carácter, que es condición de racionalidad; ver en sus obras la savia de su inteligencia más que el fruto de normas aprendidas; atribuirle ambición y a la vez tenacidad para satisfacerla, situándose por encima de lo que hubiese de pequeñez en sus pensamientos, constituye, sabiendo separar del juicio la pasión o el interés que lo desvíen, el mejor testimonio para hacer digno a un hombre del amor de la posteridad.

Y ese es, al través del resentimiento reflejado en su célebre Diario el juicio que se desprende de lo que el jefe de escuadrón galó escribió acerca del carácter del héroe dominicano, su contrario.

Por otro lado, Guillermin acusó a Sánchez Ramírez de "intrigante y audaz", porque osó sentarse a la mesa del gobernador francés cuando se hallaba entregado a la obra de poner en movimiento a los dominicanos para reconquistar el país del poder de Francia.

Se explica. Para desdicha de la humanidad, nos hallamos frecuentemente dispuestos a exigirles a los otros más de lo que nos pedimos a nosotros mismos.

Es un hecho histórico jamás negado que fué Ferrand quien invitó a su mesa al hacendado cotuisano. ¿Debía Sánchez Ramírez declinar este honor interesado que el gobernador francés le hacía y poner de manifiesto así la repugnancia que el dominador le inspiraba, para dar lugar a desear contra él las iras de éste? ¿Debía acaso traicionarse a sí mismo y a aquellos a quienes había iniciado en la revolución revelando los



propósitos que perseguía y los planes trazados para llevarlos a buen suceso?

“Esquivó astutamente el peligro” dice Del Monte y Tejada.

“Osó sentarse a la mesa... en la misma época en que acababa de consumir su crimen”. Esta sola consideración es bastante para mostrar hasta donde llegaba el resentimiento de Guillermin contra Sánchez Ramírez. “Su crimen”: el de exponer su tranquilidad y su vida por la preservación de la individualidad de su pueblo...

El gobierno del caudillo de la Reconquista fue, para este, túnica de Neso. En su compendio de la Historia de Santo Domingo, dice don José Gabriel García: “Desembarazado de momento de todo compromiso con sus aliados (los ingleses) quedó el brigadier don Juan Sánchez Ramírez al frente de la administración civil y militar de la colonia, que cogió, por desgracia, en miserable estado, la industria muerta, la agricultura completamente decaída y el crédito casi agotado, con innumerables compromisos a que atender, muchas deudas sagradas que pagar, numerosas familias pobres que socorrer y un tren gubernativo muy considerable que sostener, para lo cual no contaba sino con algunas entradas, tan escasas, que mal de su grado tuvo que disponer de los ramos de barca, salinas, sabana, tenería y matadero, pertenecientes a los propios, y echar mano de todas las rentas en general, mientras conseguía regularizar la marcha de la cosa pública y proporcionar algunos recursos pecuniarios, que solicitaba en vano por todas partes, así en Cuba y Puerto Rico como en España, no sin recurrir antes de todo a las economías, limitando las erogaciones a los ingresos probables, aún con perjuicio de los empleados públicos y demás servidores del Estado, procedimiento con que impuso a sus compañeros de glorias y peligros nuevos sacrificios y nuevas privaciones, merecedores de una recompensa que España no estaba en condiciones de dar, ni era capaz de apreciar en todo su valor, dadas sus ideas erróneas respecto de las provincias americanas y su conocida indiferencia por la suerte, siempre precaria, de la parte española de Santo Domingo”.

Además de ésto, que era bastante, hubo de verse en el caso de debelar tres conspiraciones, de origen y fines dudosos, las cuales, al par de contribuir a agravar la aguda situación que el país atravesaba, le obligaron a ejecutar medidas extremas, tales como las decretadas por la justicia para el castigo de los autores principales de la impropriamente llamada “revolución de los italianos”, quienes, habiendo sido condena-

dos a la pena capital, fueron suplicados por los métodos medioevales que aún se practicaban.

El fruto recogido por él de su noble empresa no hizo, sin embargo, mella en su espíritu, ni para arrepentirse de haberla llevado a término, ni para sufrir desalientos, porque se daba cuenta de que no hay gloria sin amargura, ni era posible ir más allá del punto adonde las circunstancias se lo habían permitido, con merma de su salud y el sacrificio de su patrimonio, reducido a muy poca cosa, si se le comparaba con el de que era titular en los días anteriores a su campaña de la Reconquista.

La ternura de sus sentimientos, que nunca colidió con su entereza de ánimo, se manifestó, por otra parte, en el mismo fin de su vida.

García, el historiador citado escribió:

“El hondo sentimiento que le produjo al brigadier Sánchez Ramírez la necesidad en que se vió de ensangrentar con estas ejecuciones su administración hubo de hacer tanto estrago en su ya menoscabada salud, que a pesar de los esfuerzos de los facultativos concluyó por desarrollarsele la hidropesía incurable que llenó de dolores y amarguras los últimos días de su vida, consagrados exclusivamente a servir la causa a que había dedicado su juventud, aprovechando los momentos que tenía de mejoría para hacer el bien posible a sus subordinados y predicarles la adhesión a la metrópoli, inspirando confianza en las buenas intenciones de don Fernando, el Deseado. Era tal su adhesión al país y su amor a los dominicanos que, al sentirse ya muy postrado, se despidió de ellos el 5 de febrero de 1811, por medio de una proclama, en la que les recomendaba la sumisión a España y la paz con los vecinos de Occidente, como los únicos medios de alcanzar la felicidad a que con legítimo derecho aspiraban”.

Murió a la edad de cuarenta y nueve años.

En el año de 1877, mientras se hacían algunas reparaciones en la Catedral, los restos mortales de don Juan Sánchez Ramírez fueron extraídos de la bóveda del presbiterio, en donde el cadáver había sido depositado desde el 12 de febrero de 1811, y trasladados a la llamada capilla de San Cosme y San Damián.

Allí fueron cubiertos por las piás manos del presbítero Francisco Xavier Billini con una losa sepulcral rememorativa de su hazaña.

Para desdoro nuestro, ha sido éste, hasta ahora, el único homenaje rendido a aquel gran dominicano, digno como pocos del amor y veneración de la posteridad.

